



MI RESILIENCIA

Un testimonio conmovedor. Un canto a la vida.

SIEGFRIED MEIR

AUTOBIOGRAFÍA



MI RESILIENCIA

Siegfried Meir

Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2016

© Siegfried Meir, 2016

© Boris Cyrulnik, 2016, por el prólogo

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-335-3

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Agradecimientos

Mi infinita gratitud hacia Arancha Gorostola Barayazarra.
Estoy profundamente agradecido
por su generosidad
por sus investigaciones
por sus encuestas
por su colaboración.
Sin su ayuda este libro no sería lo que es.

MI RESILIENCIA

Prólogo

por **BORIS CYRULNIK**

Un día Moustaki me dijo: «Debería conocer a Siegfried Meir; su vida es asombrosa, lo encontrará interesante.»

Así que me cité con Siegfried en la terraza del Rostand, cerca de los jardines de Luxemburgo. Y en verdad esa mezcla de dulzura y firmeza resultó asombrosa e hizo que no tardara en decir: «He sido un niño en Auschwitz.»

Las teorías psicológicas actuales demuestran que la falta de afecto, un fallo relacional, a menudo debido a una desgracia sufrida por los padres, afecta el desarrollo de un niño de un modo duradero. De modo que, tal como el lector imagina, Auschwitz solo puede destruir a un niño de manera irremediable.

Sin embargo, en las primeras líneas de este libro se emplea el verbo «amar»: «Amo el sol, la vida, las mujeres, a mis hijas, a Hannah, a mi perra e Ibiza, esa isla donde reinan la belleza y la amistad.»

Inmediatamente después de pronunciar la palabra «Auschwitz», añadió: «Me pregunto por qué todo me ha salido bien. He sido cantante, lo cual supuso la amistad de Moustaki, mi mellizo, mi hermano del alma... He lanzado una línea de ropa de moda, he montado restaurantes, me he dedicado a la pintura, a la escultura...»

Nada de eso encajaba con Auschwitz, y, no obstante, este libro explica el encadenamiento de los hechos.

No se trata de una biografía al uso, sino que comienza como una intriga. El autor nos proporciona ciertos indicios

enigmáticos: «No quería llamarme Siegfried..., he olvidado el alemán, mi lengua materna..., el número 117943...»

Todo esto resulta curioso.

De hecho, no es una autobiografía, es una investigación sobre uno mismo, un diálogo con Sherlock Holmes, como un doble, una sombra, un *Doppelgänger* que camina al lado de Siegfried, lo cuestiona y lo ilumina mientras recupera archivos que rellenan algunos huecos de la memoria.

Porque la memoria traumática está formada por un conjunto de recuerdos precisos, grabados en la memoria, rodeados de incertezas, de brumas e incluso de incoherencias. El tiempo se ve destrozado por el fragor del medio, porque un niño necesita estabilidad afectiva para construir una imagen coherente de sí mismo. Siegfried Meir no tuvo esa oportunidad: «He vivido sesenta y cinco años sin saber cómo transcurrieron las cosas con exactitud.»

Los problemas empezaron antes de Auschwitz, cuando sus padres, huyendo de Rumania, no tuvieron la fuerza necesaria para proporcionarle seguridad al niño, que se sintió traicionado por aquellos de los que esperaba recibir protección, al tiempo que estos se defendían lo mejor que podían.

El fin de la guerra no supuso el fin de los problemas. En el hotel Lutetia, que acogía a los «resucitados», en el sentido fantasmagórico del término, Siegfried es incapaz de reencontrar una familia. Entonces sueña: «Toda mi vida he querido tener una familia.»

No puede charlar como todo el mundo, ¿cómo narrar Auschwitz con palabras corrientes?

«Cuando narraba mi historia nadie me creía.» Todos los supervivientes pronunciaron esa frase, como si uno solo pudiese hablar de aquello que los demás son capaces de comprender. De modo que Siegfried calla, porque Auschwitz es impensable. ¿Cómo decir que la diarrea del que agoniza se derrama sobre el que duerme debajo? ¿Cómo decir que si un vecino no se levanta por la mañana es porque ha muerto durante la noche? ¿Cómo decir que no tenía al amable doctor Mengele? ¿Cómo decir que no tenía

miedo porque se sentía protegido por las mujeres de los barracones? Impensable, ilógico, inhumano, así que es mejor callar.

Después de la guerra Siegfried ya no es un niño. «Tu mirada es la de un anciano», le dicen. Yo mismo he oído esa misma frase en 1946. ¿Cómo se hace para ser un niño cuando todo muere en torno a ti?

Sin embargo, Siegfried se empeña en vivir, de un modo extraño, puesto que ya no es un niño. Es él quien solicita un cásting para convertirse en cantante. Sueña y después despierta con el fin de realizar sus ansias de afecto, de familia y de belleza, ¡Y eso funciona!

Desde entonces, nuestros caminos se cruzan. Es enviado a Moissac para recuperarse, en un bonito molino reformado por la OSE (Œuvre de Secours des Enfants), una institución donde quinientos niños judíos fueron ocultados y salvados. ¡No hubo ni una sola delación en esa maravillosa ciudad de diez mil habitantes, que ofrece un albergue a los peregrinos de Santiago de Compostela! Hace unas semanas descubrí que mi prima Riquette había estado oculta durante la guerra, mientras que su padre, ingeniero químico y doctor en letras, moría en Auschwitz. ¿Acaso Siegfried se cruzó con mi tío en los campos de exterminio, fue amigo de Riquette en esa casa donde la vida recomenzaba? Después de la guerra mi prima decidió trasladarse a Israel.

«No era mi camino», dice Siegfried.

Y tampoco fue el mío.

Más adelante, cuando se convierte en cantante, comparte un cuarto trastero denominado «camerino» con Barbara. Cuando oí cantar a esa mujer en L'Écluse, cerca de Notre-Dame, supe de inmediato que se convertiría en una gran estrella.

Después Siegfried frecuenta Montmartre, Patachou, la rue du Mont-Cenis. Mi adolescencia transcurrió en la place du Tertre, en La Cremaillère, donde bailábamos, en la Taverne d'Attilio, donde Johnny Hallyday entonaba sus primeras canciones, y en Patachou, de donde partió todo un equipo de poetas que nos sedujeron en nuestra juventud.

Cuando volví a encontrarme con Siegfried Meir en la terraza del Rostand, cerca de los jardines de Luxemburgo, me dijo: «En su libro *Un merveilleux malheur* habla usted de mí.» Estaba equivocado, es él quien habla de mí en ese libro escalofriante y apasionado, porque la vida se presenta como un largo poema.

Es tan fascinante como una película de Hitchcock.

*En recuerdo de mis padres
Saturnino Navazo, Max Meir y Jenni Bacharach*

1

No sabría renunciar al sol. Me gusta el sol, me gusta sentirlo, saber que está ahí, que saldrá otra vez mañana, y al día siguiente. Me gusta saber que no voy a sentir nunca más un frío intenso, inmisericorde, infinito. Que mi vida transcurrirá sin sobresaltos en este pequeño mundo retirado y apacible, no elegido de forma consciente. Que pasearé con *Hannah* junto al borde del mar, y de vez en cuando nos cruzaremos con alguien que me saludará: «Hola, me alegro de verte.» Aunque ya no lo necesito tanto..., que cuando paseo por aquí me saluden, que me digan hola. Me gusta, pero no es una droga. Necesito existir; pero si existo para mi mujer, me basta.

Y cuando vuelva a casa, habrá comida caliente en la mesa. Y después de comer dormiré en el sofá, mientras escucho como un murmullo lejano a Deborah parlotear por el teléfono con mi hija, o con su hermana, o con una amiga.

O iremos a comer a un restaurante en la playa y hablaremos de nuestros proyectos, de nuestras fantasías, de esa película que me gustaría producir.

Me gusta mi vida. Me gusta sentirme parte integrante de este curioso paisaje humano tan variopinto y heterodoxo, salpimentado de sencillez, de naturalidad y de tradición, pero también de pluralidad, de cosmopolitismo, de originalidad y en ocasiones de una cierta extravagancia. Este es el único lugar en el que nunca me he sentido extranjero, rechazado, oprimido. Siempre he encontrado una actitud amistosa, hecha de entusiasmo y de complicidad. Por eso me gusta tanto.

Me gustó desde el primer instante, desde ese primer amanecer sobre la cubierta del barco que nos trasladaba desde Formentera hasta Ibiza. Fue una revelación, algo casi mágico. Ver alzarse el sol sobre la ciudad amurallada de Ibi-

za, iluminando con sus destellos la catedral como la promesa de una nueva vida. Necesitaba un cambio total, absoluto, e Ibiza me pareció un lugar sobrenatural. Me gustó mucho. Me gustó la isla, el paisaje, el Mediterráneo, y me gustó la relación con los ibicencos que conocí.

Siempre que vuelvo a Ibiza en barco, después de algún viaje, siento esa misma emoción de volver a un lugar que me ha dado paz. Un lugar que me ha brindado la posibilidad de renacer una vez más, de reconducir mis angustias y recuperar la curiosidad por hacer cosas. Aquí conseguí olvidar el pequeño trauma que me causó el abandono del mundo de la canción, que fue toda mi vida durante doce años. Aquí descubrí una facilidad para hacer cosas, para realizarme a mí mismo, para entablar relaciones sencillas y distendidas, sin complicaciones, sin dobleces, sin pretensiones. Aquí me he sentido feliz.

Como me siento ahora, disfrutando del regalo de un día de invierno luminoso y cálido. Sin nada extraordinario que hacer. Solo mi rutina de todos los días. Una rutina bastante solitaria que no me molesta, porque nunca he necesitado mucha gente a mi alrededor. Solo a Deborah, a mis hijas y a *Hannah*.

Mi rutina se basa en un poco de ejercicio, largas sesiones de cine y algún que otro paseo con *Hannah* alrededor de nuestra casa. Hoy la he alterado algo, porque hace un día espléndido, excepcional en el mes de enero, y siento la necesidad casi adolescente de disfrutar del aire libre y pasear junto al mar. La bahía de Talamanca, relativamente cercana a nuestra casa, es un buen lugar para caminar en esta época del año. Un largo y solitario paseo bordeando la playa, desde Cap Martinet, en el extremo próximo a Jesús, hasta el hostel Talamanca, cerca de Marina Botafoc, pasando por delante de las terrazas ahora desiertas de los restaurantes y pequeños hoteles que se asoman a la bahía.

Muy cerca de aquí, en el paseo marítimo, conocí a Deborah. La veía pasar todos los días por delante de la librería en la que ayudaba, de vez en cuando, a mi hija en su trabajo. Un día reuní el coraje suficiente para abordarla y propo-

nerle tomar un café juntos. Fue una relación muy pausada, muy poquito a poco; hablarnos, contarnos nuestras vidas, conocernos.

Fue pura conquista para mí. Algo que nunca había hecho hasta entonces. Un descubrimiento paulatino. Estuvimos viéndonos durante un año, y día a día nos íbamos conociendo un poco más. Son cosas que no suceden cuando eres joven, porque cuando eres joven tienes otras obsesiones, otras prioridades. Pero a una cierta edad, cuando encuentras a una persona que te gusta, valoras mucho la reciprocidad, el entendimiento, la manera de pensar, de intercambiar opiniones. Es ahora, cuando ya no espero mucho de la vida, cuando he encontrado una persona con la que me siento bien, con la que puedo compartir mis días y que me hace reír.

Mi relación con Deborah es algo excepcional, pero llevamos poco tiempo juntos; solo siete años. No es mucho para mí, porque todavía se trata del momento del descubrimiento. Aunque las experiencias anteriores me han hecho recapacitar, y hago esfuerzos por ser más vivible, por compartir más cosas. Porque me gusta esta vida, me agrada tener una compañera y sentirme querido. Son cosas que siempre he buscado. No he ido más allá. Cuando tenía una ocupación le daba menos importancia, porque estaba concentrado en mi trabajo. Ahora que no tengo una gran ocupación, me dedico a ello; para que todo funcione, para que estemos a gusto. Sin demasiados esfuerzos, porque mi mujer es muy agradable, es encantadora.

Casi sin darme cuenta, hemos recorrido todo el paseo hasta llegar a la terraza del hostel Talamanca, ahora desierta. Algo más allá, entre la orilla del mar y el recodo de la carretera que conduce a Ibiza, puedo ver la terraza de un pequeño restaurante, El Flotante, y junto a él la silueta del hotel Argos. No nos queda sino desandar el camino. Es la parte más placentera del paseo, porque el sol de enero me acaricia el rostro como un presente inesperado. Volvemos a pasar por delante de las mismas terrazas, que siguen ador-

mecidas salvo por la presencia muy esporádica de algún que otro paseante solitario.

Nuestra caminata toca a su fin. Pasamos junto a las tradicionales casetas de pescadores, en el camino de tierra que conduce al pequeño aparcamiento junto a Cap Martinet. Al fondo, el restaurante Sa Punta está solitario a estas horas de la mañana. Casi resulta chocante observar la imagen de un hombre con pinta de extranjero, de cierta edad, sentado a una mesa frente al mar, cerca del pequeño pantalán de madera que se adentra unos metros en las aguas de la bahía. No le presto demasiada atención. No suelo fijarme mucho en las personas, salvo que algo me atraiga especialmente. *Hannah* comienza a ladrar y el hombre se vuelve para observarnos. Nos mira tranquilamente mientras nos acercamos, como si hubiera estado esperándonos. Hay algo vagamente familiar en él, como un *déjà vu*. No es muy diferente de cualquier otro de los muchos extranjeros que viven aquí, pero por alguna razón me resulta un poco incongruente en este lugar.

Hannah se abalanza sobre él y comienza a lamerle las manos. Él le acaricia la cabeza. Me acerco a su mesa para sujetar a la perra con la correa.

—*Hannah!*

—No te preocupes, no molesta —dice el desconocido con un fuerte acento que no consigo identificar. Sé que proviene del Este y que no es polaco, pero no sabría decir... Es amable, y me siento obligado a corresponderle.

—Es muy cariñosa, pero no suele arrojarse sobre los desconocidos.

—No somos desconocidos. Mi madre se llamaba *Hannah*... Es un vínculo entre los dos.

Lo ha dicho de una manera distendida, con un ligero, casi imperceptible deje de ironía, como quien desea dejar la puerta abierta a una conversación inesperada e intrascendente. Algo en absoluto extraño al espíritu de esta isla, sobre todo en aquellos períodos del año alejados de la invasión estival de turistas y veraneantes. Quizá por eso no puedo evitar una sonrisa que se une a la suya, y se confun-

de con ella, y una corriente inesperada de simpatía, un tanto extraña en mí, que difícilmente puedo ser etiquetado de ser sociable. No lo soy. Nunca lo he sido. No suelo sentirme a gusto con la gente. Es algo que he asimilado y aceptado. Por eso me resulta un tanto curiosa esta sensación de sentirme cómodo frente a este extraño que no deja de acariciar a *Hannah*, mientras me mira fijamente sin dejar de sonreír. Es una sensación curiosa porque no soy una persona confiada, siempre estoy un poco en guardia. No confío en el ser humano, porque desde muy niño me ha decepcionado. Pero ahora, aquí, no me incomoda esa sonrisa levemente burlona que no sé muy bien cómo interpretar. Hasta me resulta divertida. Como si quisiera recordarme que los encuentros más inesperados y a veces casi estrambóticos son los que han marcado realmente mi vida. Tal vez este extranjero solitario sea solo uno más entre los muchos que forman parte del paisaje habitual de la isla. Como yo.

Me hace un gesto con la mano, indicándome la silla vacía junto a él. Es un ademán tan natural que ni siquiera me detengo a pensar si deseo quedarme. Sé que en cualquier otra circunstancia, en cualquier otro lugar, esta sería una situación bastante extraña, poco imaginable. Pero aquí lo chocante se convierte en natural, se integra con pasmosa facilidad en nuestra vida cotidiana. Quizá por eso soy consciente de que no me desagrada la idea de sentarme aquí, frente al mar, contemplando la hermosa vista de Dalt Vila. Del mismo modo que soy consciente de que no me incomoda la presencia de este peculiar descubrimiento, ni siquiera durante el instante en que permanecemos uno junto al otro, en silencio, contemplando el mar.

Entonces, la conversación comienza por esos derroteros convencionales entre dos personas que se acaban de conocer de manera fortuita y que buscan, un poco a tientas, algunos puntos en común para poder entablar un diálogo en el que ambas se sientan cómodas. Una conversación que ha iniciado él, llena de tópicos. Al cabo de un rato me pregunta qué vine a hacer a la isla, puesto que nota que tam-